

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 28 de Febrero de 1889

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—La voz de un ángel.—Carta V. á mi amiga Florencia Gerarda.—Recuerdos.—Comunicacion.—Pensamientos.

LA VOZ DE UN ANGELO.

I.

He dicho muchas veces que gusto de estudiar en la gran biblioteca de la humanidad: en ella encuentro la comedia de costumbres, el drama interesante, la tragedia clásica, el idilio encantador, el poema sublime y la historia universal de todos los tiempos con sus ódios, con sus insaciables ambiciones, con sus amores imposibles y con sus destellos de felicidad suprema.

En un artículo titulado ¡Ser madre! dije que conocia á un matrimonio, á una joven pareja unida hacia algunos meses, que suspiraba por tener un hijo; dije tambien que Elisa, al comprender que un nuevo sér se agitaba en sus entrañas, fué completamente dichosa, y que su dicha se veia aumentada con la delirante alegría de su esposo.

Efectivamente, la alegría de Antonio era inmensa: compraba juguetes y los guardaba junto con la ropita del huésped deseado, y cuantos objetos se le antojaban útiles á su primogénito, los adquiría y empaquetaba cuidadosamente diciendo: Esto le hará falta á mi hijo; es preciso que todo lo encuentre preparado.

Llegó el feliz momento, y Elisa dió á luz un niño, al que pusieron por nombre Adolfo. Creció el niño entre las caricias de sus padres, que muchas veces le formaban una cuna con sus brazos y en ella le mecían cubriéndole de besos. Adolfo correspondía á tan amorosas demostraciones con sus infantiles caricias, y á los diez meses andaba ya solo y salía á recibir á su padre cuando éste volvía de la oficina: era la verdadera alegría de la casa.—¡Querrás creer, Amalia,—me decía algunas veces Antonio,—que cuando el niño duerme me parece mi hogar completamente vacío? Mucho quiero á mi esposa, porque me comprende y endulza con su ternura y discreción las amarguras de mi vida; pero mi hijo..... mi hijo es mi sol, mi todo! Parece mentira que un sér tan pequeño llene tanto! Tú no sabes, Amalia, lo que se quiere á los hijos!

Yo le escuchaba con el mayor placer; como desgraciadamente escasea tanto el verdadero amor, cuando éste se manifiesta con tanta sencillez y tanta verdad, conmueve profundamente. Me extasía el cuadro de una familia dichosa por el amor, más hermoso que todos los cuadros de la *Sacra familia* que se veneran en los altares de las iglesias romanas.

Pero la felicidad se asemeja á una nube de humo, que se disipa apenas se for-

ma. Antonio y Elisa comenzaron á sufrir los embates del infortunio. Él se quedó sin destino, y como en las casas de los pobres los ahorros son tan escasos, pronto se agotaron los recursos que guarda la mujer económica para sufragar los gastos de una enfermedad, de un alumbramiento ó de una necesidad imprevista, y comenzó para el matrimonio la interminable calle *de la Amargura* de los que carecen de lo más necesario para vivir.

Antonio es de un carácter vehementísimo, amante del trabajo hasta sacrificar la salud por exceso de actividad; y al ver que todos sus esfuerzos eran inútiles para encontrar una colocación decorosa, la desesperación se apoderó de su alma. Miraba á su hijo y murmuraba con inexplicable sentimiento: ¡Pobre hijo mio! cuán pronto comienzan para tí los sufrimientos! ¡la miséria te rodea, y el hambre agita sus siniestras alas en torno de tu cuna!

Una mañana salió Elisa en busca de labor. Antonio se quedó en casa con su madre y su hijo, este último entretenido sacando ropa de un cesto, mientras su padre y su abuela entablaban un desagradable altercado: tan cierto es que donde no hay harina todo es mohina. Antonio se sentía contrariado en grado máximo, y como su madre, aunque muy buena mujer, no comprende cuando habla á tiempo ó fuera de tiempo, acabó por exasperarle con sus lamentaciones y reconvenciones. Abrumado por tanta contrariedad, por la miséria y en el colmo de la desesperación, fuese á su despacho, y segun él mismo me refirió, dirigióse al balcón con ánimo de estrellarse contra las baldosas de la calle.—¡Qué diablos!—se decía—¿á qué apurarse tanto cuando tengo aquí el remedio? No estoy solo en la tierra, es cierto; me rodea una familia buena y cariñosa, pero mi madre me acrimina ¡pobre mujer! porque no tengo acierto en mis pretensiones: Elisa ¡infeliz! la he unido á mi destino para hacerla inmensamente desgraciada; si yo me mato, queda libre; es buena, muy buena, virtuosa, sufrida, tolerante, puede hacer á un hombre feliz y encontrará quien la haga más dichosa que yo: mi hijo..... es tan pequeño, que no me recordará, y como le queda su madre y su abuela, ellas le amarán tanto que no necesitará de mi cariño. Si me tiro por el balcón todos ganaremos. He agotado todos los recursos, he llamado á todas las puertas, y nadie me ha contestado. ¡Ah! á todas no; me queda que llamar á las puertas del cielo; me queda que pedirle á Dios un consejo, si es que Dios existe y oye la voz de los míseros mortales! ¡Señor! ¿qué me dices? ¿qué debo hacer? contéstame, que bien necesita contestación el hombre que ya no sabe que hacer más que morir!

Cuando Antonio me contó este episodio de su vida, sus ojos brillaban con vívidos resplandores y su voz profundamente conmovida, me hizo sentir lo que nunca había sentido. Guardó silencio algunos momentos como si necesitara recobrar fuerzas, y luego continuó su relato en estos términos:

—Cuando llamé á las puertas del cielo y pedí á Dios consejo, me crucé de brazos y esperé. ¿Convencido de que alguien me contestaría? No; no esperaba nada milagroso; tú conoces mis ideas; llamé á Dios porque sí, acaso por una instintiva resistencia que opone la naturaleza humana á la pérdida de la vida.

En aquel instante sentí como rumor de alas rozando el suelo y acercándose. Volví la cabeza y ví á mi hijo que corría hácia mí, y exclamando:—«Papá,... que haces?..., se abrazó á mis rodillas mirándome con una de esas miradas que iluminan todas las sombras del infortunio y penetran en lo más íntimo del alma. Me bajé, le cojí en mis brazos y le estreché contra mi corazón. Dios me había respondido por la boca de un ángel: estaba salvado. Si mi hijo hubiera podido comprender que pensaba dejarle huérfano!... Reniego de mi desesperación y de mi cobardía. A mi hijo debía la vida. Volví á estrecharle contra mi pecho, y ponien-

do despues mi diestra sobre su rubia cabellera, juré seguir luchando con la suerte, sin desmayos y sin desesperaciones. Catorce meses contaba entonces mi Adolfo. Cuando llegue á ser hombre y comprenda lo que son las amarguras de la vida, le diré: Hijo mio, los ángeles existen; yo escuché la de uno en un momento supremo: te he debido la vida. ¡Bendito sea Dios, y bendito seas tú!—¡Ay, Amalia! parece increíble que aquel muñeco, una criatura tan débil, haya podido cambiar del tal manera el rumbo de mi existencia! Ayer quería morir; hoy quiero luchar, luchar sin trégua; y cuando el cansancio me rinde, cuando la fatiga me agobia, cuando las decepciones y las ingraticudes me abruman, siento repercutir en mis odios y en mi corazon la voz de mi hijo preguntándome: «Papá, qué haces?» y olvido instantáneamente mis tribulaciones, y le llamo anhelante para depositar en su frente un beso, en el cual va envuelto mi juramento de vivir y trabajar.

¡Qué bien tan grande le he debido á mi hijo. El ha sido para mí el mensajero de Dios!

II

Se fué Antonio, y su interesante relato quedó grabado en mi memoria con caracteres indelébles. ¡Qué presentimientos tiene á veces el espíritu! Antonio, más que otros hombres, habia sentido fervientes anhelos de tener un hijo: ¡Quién sabe sí, sin darse cuenta, reclamaba á Dios la tabla salvadora á la cual habia de asirse en el momento terrible del naufragio!

Siempre que miro al inocente Adolfo tan pequeñito, tan delgadito, con su carita triste y sus rubios cabellos, le estrecho en mis brazos y reflexiono sobre la misión que ha traído á la tierra. Aun no cuenta dos años, y su dulcísima voz ha servido para salvar la vida de un hombre, de un hombre que le esperaba, que le veía en sus sueños, que le preparaba sus juguetes, que le amaba, antes de conocerle, con todo su corazón!

¿Qué historia será la vuestra? ¿Qué relación habrá entre vuestros espíritus? ¡Quién sabe! Desde luego ambos os habeis dado mutuamente la vida. El padre llamó al hijo como por presentimiento; el hijo llamó al padre, y su voz le salvó del suicidio.

¡Bendita sea la voz de los ángeles de la tierra, mensajeros de la misericordia de Dios!

Amalia Domingo Soler

Carta quinta á mi amiga Florencia Gerarda

Pluma en ristre, continuo mi tarea que emprendo gustosísima, cumpliendo con el sagrado deber de amiga y hermana espiritual.

Los que con tanta gloria en la idea, como orgullo en la satisfaccion, se llaman espiritistas, no buscan en los páramos de la tierra el laurel ni el renombre, ni piden al mundo aplausos para recomendar sus obras. Humildes obreros, trabajan con la fé de la razon ostentando el sacrosanto lema de «ciencia y caridad» que son hijas del amor y batuarte del progreso. Por millones nos contamos y de esta falange numerosa, surgida de todos los puntos de la tierra, hay una pléyade escojida de escritores, cuyos respetabilísimos nombres archivados están en títulos nobiliarios, en el emporio de las artes y las ciencias. Todos y cada uno de nosotros somos apóstoles de

la sublime doctrina propagándola en el justo medio de nuestro saber y fuerzas limitadas. Este con la palabra, aquel con el ejemplo y todos de consuno esforzándonos á engrandecer con el concurso mútuo, la gigante obra de la expatriacion dogmática en la unidad é indivisibilidad de la idea única y el solo culto: Dios y amor. No temas, pues, que mi nombre y mi persona estén ó puedan estar envueltos en eso que llamamos convencionalmente el ridículo que tiene tanta lógica como chistosa es la adinanza de *dos son tres si bien se mira*; más te diré, sin embargo, que ya es tarde para poder librarme de los tiros de la ignorancia caso que algun dia me arrepintiese; (y no es posible retrogradar) pero cúrome tan poco de debilidades humanas que por *si acaso no me caso* he dicho y repetido que *me casaría* fuera de toda ritualidad católica; ¡lastima que no tenga vocacion por ese estado! Comprendo tu buena intencion y la estimo en mucho, amiga mia; por eso te ruego que me dispenses si algunas veces te lastima mi tono humorístico tan léjos de la burla, como pudiera creerse, como el papado lo esta de la infalibilidad. No necesito encarecerme á tus ojos en este punto conociéndome tú lo suficiente. Me gustan las discusiones sérias, tranquilas y razonadas y siempre que hallo ocasion emito mi parecer y manifiesto mis opiniones sin redundancia en el juicio.

Si yo creyera en el ridículo lo estaría en el concepto mio, una señora que me dijo *que mis actos no respondian á mis ideas por haberme dejado refrescar la mollera en la pila bautismal*. ¿Como llamarías tu á esta salida de tono? pues yo me acordé del gallo que cantó tres veces á las tres negativas de Pedro: para mí fué el primero de ellos, y si con este solo denegaba su atributo de persona racional, figúrate lo que hubiera sucedido si no me despido de ella benévolamente.

Para ser bueno basta con querer serlo ejerciéndose en las escalas ascendentes de la virtud; así que dentro de cualquiera creencia encontramos hombres dignos y virtuosos que llevan escrito en su conciencia el código de la verdadera ley inspirándose en la equidad y la justicia, no queriendo para los otros lo que su rectitud y nobleza no puede prohiar. Esto se encuentra dentro de la moral del espiritismo llámese anglicano ó ateo, católico ó judío, y ya que en la cuarta de estas epístolas te prometí darte á conocer distintamente al bueno y al mal espiritista, empiezo en párrafo aparte el bosquejo de sus respectivos retratos.

Por el fruto se conoce el árbol. El verdadero creyente espiritista el que está profundamente penetrado de sus verdades por el continuo estudio de los hechos que ha podido ofrecérsele y en no interrumpida lectura, deslizanse consoladores los dias de su existencia, ese, mi buena amiga, aunque haya sido criminal un tiempo, abjura inmediatamente sus errores disponiéndose luego á la lucha con sus pasiones que poco á poco desentraña del seno que las amamantaba: una por una las cien cabezas de esta hidra aplasta; y esforzado adalid sonríe siempre cuando su firme voluntad sabe erigirse y vencer el dominio que se impone al que por largo tiempo fué misero esclavo de ellas. Si ha sido orgulloso, déspota egoista y cruel, tornarase bueno, humilde cariñoso y caritativo; y no tan solo reporta infinitos bienes á la familia y á la sociedad si que conviénele á su vida futura solidaria de la presente pues sabe que mañana otro déspota, otro tirano, pisoteará su condicion de humana criatura, haciéndole sufrir la coyunda que aberrojó al cuello de sus casi siempre propiciatorias é inocentes víctimas. A estos seres irascibles y violentos, abre amorosamente sus brazos la dulcísima fé espirita y cuando á ella se acojen si son de los *escojidos* jamás desertarán: pero ¡ay! de aquellos que apreciando en más su ilusorio reinado de la tierra cierran los oidos creyendo eludir toda responsabilidad, *por que mucho se le pedirá á quien mucho se le haya dado*. Ríete como yo me río del que llamándose espiritista condena en los otros actos que son de sí mismo la reprobacion; aparte de que no podemos

juzgar á nadie y si ser jueces de nosotros mismos con lo cual la piedra surcadora no herirá el rostro de ninguno. El hombre de la fé nueva es racionalista por excelencia; sabe muy bien á que atenerse respecto á esa superioridad utópica que se ha concedido al crear y establecer las elásticas leyes que nos rigen, y respeta y admira á la mujer tanto cuanto más elevado sea su espíritu en el órden moral, porque no siempre por desgracia el hombre sábio ó instruido tiene conciencia de lo poco que vale cuando acaricia la maniática idea de creerse superior al sér más perfecto de la creacion y ninguno con más conocimiento de causa está llamado á ayudar á su emancipacion que el hombre espiritista, pues la piedra que aporte en la construccion del edificio le aprovechará en la encarnacion inmediata, porque es posible que entonces su espíritu afecte la envoltura delicada del sexo femenino; ya ves que hasta por egoismo ha de procurar activamente su mejora social, restituyéndola el lugar usurpado por infraccion de las leyes divinas, desapareciendo por consiguiente (á los ojos del vulgo ignorante) la tal jefatura monopolizadora humillante para toda mujer ilustrada y digna. La familia es un mundo creado por el amor recíproco de dos almas enamoradas y los autores de este pequeño edén no tienen otros títulos que los honrosísimos de madre y padre. No hay tal jefe, no hay tal amo ni señor: estas son aberraciones del sentimiento humano, aberraciones del sentido muy características de los siglos pasados en que el feudalismo imperaba porque la razon inteligente y sensitiva dormía.

La índole de estas cartas no me permite la estension del pensamiento que es bozo como lijero apunte, y aunque mucho se habla de la mujer quiere mi humilde pluma delinear en más propicia ocasion la gran figura de la humanidad que se eleva sobre la misma y *ella sola*, al ostentar radiante en sus sienes la inmarcesible diadema de madre; madre por el dolor más agudo de la naturaleza y que engendró el amor más infinito.

Concluiré la presente que va haciéndose demasiado larga con el retrato á grandes rasgos del que hemos convenido en llamar mal espiritista. El que ha hecho profesion de esta fé queda de ella desposado para *in eternum*; luego la tal apostasia ó herejía es falsa de toda falsedad: nadie nos obliga á creer ó no creer; no obstante convengo en la depreciacion y desprestigio del momento porque suele pasar nuestra filosofía á vista de sus enemigos cuando dicen ser sus adeptos esos entes officiosos que pululan en el hormiguero del mundo á caza de imitaciones. Facil es conocerlos pues ya te he dicho que por el fruto se conoce el árbol. La probidad y la honradez; costumbres sencillas y una humildad sin afectacion es lo que caracteriza al espiritista práctico de hecho; si no encuentras estas relevantes condiciones al que se te recomiende como tal pon en tela de juicio sus afirmaciones aun cuando haya devorado la lectura de todos los volúmenes de la biblioteca espiritista, aun cuando hubiese asistido á las mejores sesiones de los principales centros del mundo, porque vale más una hora de práctica que todos los teoremas reunidos. Es muy fácil hablar máxime si se posee cierta elocuencia y buen decir que parece dar mayor realce y energía al lenguaje; lo difícil es obrar, es enseñar con el ejemplo la virtualidad de la palabra; y digo difícil porque somos en general tan pequeños, estamos tan apegados á nuestra viciada naturaleza, que para seguir los instintos del mal, siempre estamos prestos sin poder ninguno que nos ayude mientras que nos violentamos grandemente cuando se trata de hacer un bien provechoso en primer lugar para nosotros mismos y de cualquier modo útil y de saludables resultados para los nuestros y en general para todos.

En el espiritismo no caben los términos medios; no hay mixtoras. No teniendo razon de ser la duda se adopta el único sendero que traza su genuino racionalismo. *El que me quiera cargue con su cruz y stgame*; esto dijo Jesús y esto mismo dice el espiritismo.

EUGENIA N. ESTOPA

RECUERDOS

La cabeza que no se vuelve hácia los horizontes desvanecidos no encierra ni pensamiento, ni amor, ha dicho Victor Hugo.

Volveré, pues, al pasado mi cabeza.—¡Qué horror seria no sentir amor!—¡Que horror carecer de pensamiento!—Mirando atrás ¿qué veo?

*
**

Allá léjos, en los lindes de la infancia y la adolescencia, rodeada de luz veo una casita en una calle, adonde mis pasos, de vuelta del colegio, se encaminan apresurados, mientras adelantándose á mis pasos, mis miradas buscan detrás de unos visillos, blancos como el ampo de la nieve, una cabeza angelical que á su vez mira á la calle con ansiedad.

¡Oh cabeza, yerta hace tanto tiempo; sobre tu frente helada depositan trémulos y ardorosos un beso mis labios, madre mia!

Al subir corriendo aquella escalera, pasa junto á mí, rozando mis mejillas, un chal de seda, que cae gracioso sobre un vestido de moaré. Una mujer, envuelta la cabeza en una mantilla de blonda, un libro de oraciones en la mano, el rosario rodeado á la muñeca, sube aún más de prisa que yo.

¿Donde vá? ¿Qué sentimiento la obliga á atropellarme y como á recatarse?

Entonces nada podia explicarme, pero recuerdo que al dia siguiente, al bajar aquella escalera de mañana, para volver al colegio, tropezó conmigo un pobrísimo ataúd, donde la caridad mandaba dos cadáveres al cementerio. Una infeliz mujer que habitaba en una guardilla había muerto juntamente con su hijo de pecho.

¡Qué pena me causó entonces aquel encuentro! ¡Qué horror me causa hoy la relacion que el tenía con mi encuentro del dia anterior!

Aquella mujer del vestido de moaré era una beata, presidenta de una sociedad católica, que hacia gala de socorrer al pobre como el pobre debe ser socorrido, sin ostentacion y sin humillaciones.

Abrió la guardilla y vió el aterrador cuadro siguiente: en un jergon una mujer, muy enferma, sobre cuyo pecho exausto gemia una desdichadísima criatura, reducida á la más extrema debilidad. El único asistente de aquellos dos enfermos que agonizaban de inanicion, era una valetudinaria mujer, octogenaria, de ojo apagado, mano temblorosa y torpe andar, madre y abuela respectivamente de los moribundos.

Sentóse la beata en una desvencijada silla y comenzó á preguntar si aquella casa era católica, si la enferma habia cumplido con la parroquia, si el niño estaba bautizado.

¿Qué la hizo preguntona en vez de compasiva?

Con rápida ojeada habia visto al entrar en un rincon un montoncito de libros, un fajo de periódicos, una gorra roja, un fusil y una espada, y algo instintivo le habia advertido que se hallaba en lo que ella llamaba el cubil de una fiera, de aquellas que por entonces se decian voluntarios de la República.

A las repetidas preguntas, la enferma con voz que parecia un suspiro, contestó:

—Señora, me encuentro moribunda, me falta leche en mis pechos para alimentar á esta criatura, me encuentro sola; mi marido se halla herido y está en

el hospital; mi madre está por la edad imposibilitada; haced conmigo una caridad salvando á este hijo de mis entrañas, si es tiempo todavía, pues yo ya no tengo esperanza.

—¿De quién es esa gorra? ¿Quién lee aquí esos periódicos? ¿Quién usa aquí ese fusil?

—Esa gorra es de mi marido: ese periódico es el que lee mi marido: ese fusil también es suyo.

—¿Teneis la papeleta de comunión de este año?

A esta pregunta la enferma abrió desmesuradamente los ojos, se incorporó haciendo un esfuerzo sobre el brazo, miró con fijeza á la beata y dijo:

—Señora, ¿habéis venido á hacerme una caridad ó á delatarme á la policía?

A estas palabras la beata se levantó y con gesto airado y voz colérica exclamó:

—Seréis sin duda la mujer de alguno de esos miserables sin Dios y sin religion que todo lo atropellan, y ese niño será digno de tal padre. ¡Bien sabe Dios lo que hace acabándoos á todos ruidos de la miseria! He venido aquí engañada. Para vosotros no hay socorros en mi bolsillo. ¡Tanto valdria criar vívoras!

Al oír esto, la enferma cayó sobre el jergón, el niño lanzó un gemido debilísimo, y la anciana, irguiéndose en su taburete, exclamó con toda la cascada energía de sus ochenta años.

—¿Vienes á insultarnos....? ¡Ah! Si mi hijo se hallase aquí, yo te aseguro que no bajarías por tu pié á la calle.

La beata, entre miedosa y colérica, lanzó una mirada de desprecio y odio sobre aquellas tres desdichadas criaturas, tomó la puerta, se arregló en el descansillo su traje, y bajó con pié firme y seguro los ciento quince peldaños de la escalera.

Hé aquí, la pequeña historia auténtica que encerraba mi encuentro de aquel día explicado mucho después por persona de absoluta confianza.

* * *

Hoy, cuando encuentro aquella respetable señora en alguna iglesia, y la veo cuchichear con otras de su talla, y la miro agasajada por los jesuitas, con uno de los cuales se confiesa semanalmente, digo para mis adentros:

—Si tú eres una mujer religiosa, si lo que tú practicas es religion, bendito sea el cielo que me ha dado luz para percibir tu hipocresía, y valor para abominar de esa miserable doctrina con que pretendes disfrazar tus maldades.

ESPERANZA PÉREZ

COMUNICACION

Es la vida humana hermanos míos, ese movimiento continuo que todos afanosos anhelaís encontrar, en miras tan solo de vuestra utilidad é interés material, y sin embargo, entre vosotros todo se encuentra, sin que lo sepais apreciar como deberíais; pues ¿qué es el movimiento continuo en su verdadero sentido, sino la sucesión progresiva y eterna de la vida del espíritu? vida que á todos nos va eternamente empujando hácia nuestro progreso, y á esas felices moradas donde brilla siempre la esplendorosa luz de la sabiduría y del amor hácia ese gran Sér siempre oculto á nuestra mirada al que solo nos está permitido contemplar en la obra de su inmensa Creacion, trono de su grandeza y asiento de su altísimo poder, porque verle y ad-

mirarle faz á faz, eso nunca, jamás. Sin embargo haced méritos, con los cuales os iréis acercando á Él, ó mejor dicho, mientras más lo vayais comprendiendo, á mayor altura os ireis elevando, y aumentando así el caudal de vuestro amor y conocimientos espirituales; esto es, si sabeis dar impulso constante á este movimiento continuo que llamais la vida humana: impulsadlo pues, vosotros hermanos míos, pero que sea siempre con vuestra inteligencia, y actividad corporal, que solo así se os abrirán las esplendorosas puertas del amor y del infinito, cuyas luminosas chispas alumbrarán vuestros pasos en este, y en otros mundos que aun debeis de recorrer si quereis llegar á la meta de vuestras más hermosas aspiraciones, y á vuestro más bello ideal, á la felicidad espiritual; llama que nunca se extinguirá, porque es luz que irradia por todas partes, como que emana del Centro eterno del amor y de la justicia.

El hombre marchando siempre hácia ese gran Centro luminoso que presiente, pero que nunca verá, tiene por guia solo sus destellos iluminando los mundos y los espacios sin límites, por ser éste el único y principal motor que rueda por el espacio infinito atrayendo siempre hácia sí con su benéfico núcleo á todos los seres á la inmensa creacion para darle luz, amor y vida. Y ¿que más podeis desear hermanos míos que vivir en el trabajo y por el trabajo, y luchando así elevaros cada vez más en alas del amor y de la ciencia? Y si en esa lucha constante llegais á conquistarlos ¿qué más podeis apetecer repito? Sabed que la dicha que no se obtiene por este medio os valdrá muy poco hermanos míos! El guerrero que huye ante el combate no gana laureles, ni honra á su patria ni se honra así mismo. Continúad pues con esa perseverancia y con esa fé que tanto os ha de enaltecer, y practicando al mismo tiempo todo el bien que podais, y con vuestro pequeño concurso tal vez logreis alejar de la tierra sus errores y sus falsas religiones que hoy todo lo invaden, impidiendo con su negra y espantosa oscuridad que brille el astro luminoso del amor, y de la sabiduría infinita de nuestro padre celestial que á todos os bendiga, como yo, en mi pequeñez, tambien á todos os bendigo.

TEODORO.

Médium, ENRIQUETA.

Agosto 16 de 1888.

AVISO

El 31 de Marzo próximo el «Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos», celebrará una velada literaria y musical dedicada á la memoria de Allan Kardec y de José Fernandez, en un teatro de Barcelona, los que quieran tomar parte en ella, pueden presentar sus trabajos en la Redaccion de *La Revista de Estudios Psicológicos*, Riera de San Juan, 31. 2.º 2.ª (Barcelona,) antes del 20 de Marzo, confiamos que todos los centros (de Cataluña especialmente), enviarán sus delegados, pues bien merecen los dos maestros del espiritismo que se consagre á su memoria un imperecedero recuerdo.

PENSAMIENTOS

El tiempo es la historia de la eternidad.

El rocío, es el llanto de la naturaleza.

Las alas del hombre, son sus ideas.

Imprenta de Cayetano Campins, Santa Madrona, 10. — Gracia.